

LA ILUSTRACION UNIVERSAL



U. MANINI, EDITOR



PRECIOS DE SUSCRICION.

UN AÑO: OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes.
No se admiten suscripciones por menos de un año.
UN NÚMERO SUELTO: DOS CUARTOS en toda España.
NÚMEROS ATRASADOS: UN CUARTILLO DE REAL cada uno.
Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente.
Para suscribirse, remitir OCHO REALES á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID.
Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

DIRECTOR

D. URBANO MANINI

ADMINISTRACION

CALLE DE VILLALAR, NUM. 6. (Recoletos.)

MADRID.

MODO DE SUSCRIBIRSE.

EN MADRID: satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6, (barrio de Recoletos), se reciben á domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes *La Ilustración Universal*.

EN PROVINCIAS: remitiendo OCHO REALES en sellos, libranzas ó talones del Timbre á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se reciben semanalmente por el correo y porte franco durante un año *La Ilustración Universal*.

El medio más seguro y económico de remitir los OCHO REALES es en talones del Timbre, que se venden en todos los estancos.

De *La Ilustración Universal* se tira una edición de lujo cuya suscripción cuesta 24 reales al año.

AÑO II.

JUNIO.—1879.

NÚM. 64.

EL ASADO CON CUERO.

Hay en las Américas Españolas y en el imperio brasileño, una costumbre que llama mucho

la atención de los europeos. Consiste en celebrar las fiestas de familia y fechas memorables de la historia patria, con un manjar que llaman *asado con cuero*. Sobre todo, en el acto de la venta de

terrenos para dedicar á la labranza,—en lo cual se hallan todos tan interesados para fomentar la población en sus inmensísimas y desiertas llanuras,—el *asado con cuero* es un requisito in-



EL ASADO CON CUERO.

dispensable. Es una ternera de tres ó cuatro años que se elige de entre las más gordas de una vacada, y de la que se extrae solamente el paquete intestinal. Se hace un gran hoyo en el suelo, se llena este hoyo con la lumbré correspondiente, se arma un asador encima, y sin quitarle el cuero á la res pónese á asar en medio de la mayor alegría y algazara. La consumacion del *asado con cuero* tiene lugar indispensablemente al aire libre, en el campo ó en la margen de alguno de los pintorescos rios que circulan por los territorios de la América. No hay mejor regalo para un americano que un trozo de *asado con cuero*, procedente de una de esas grandes reuniones. Nuestra lámina representa fielmente esta costumbre, que, según parece, es una importacion del Norte-América, donde tuvo origen.

ACTUALIDADES.

¡Yo creo que ha sido un sueño!...

¡Juraría, sin embargo, haber asistido en cuerpo y alma á tan solemne acto!

De todas suertes, ilusion ó realidad, *reverie* ó hecho cierto, daré á Vds. cuenta de mis impresiones, y acaso convengan conmigo en que, en todas las cosas de este mundo sub-lunar, entran por mucho el apasionamiento y la inclinacion humana á la maledicencia.

Todo esto va encaminado á demostrar á ustedes que vivan muy prevenidos contra los juicios, poco satisfactorios, que á cada paso encontrarán en la prensa, propósito de la falta de celo, indiferencia y deplorable administracion de nuestro excelentísimo ayuntamiento.

En vista de quejas tan continuas y parcialmente expuestas, llegué yo, como acaso muchos de Vds. habrán llegado, á tenerlas por exactas, y dolerme profundamente de ellas, por los gravísimos perjuicios que habian de acarrear á los intereses del pueblo de Madrid.

Pero un día resolví conocer por mí mismo la verdad de las cosas, y decidíme á conocerla en sus orígenes.

Y á este fin, me puse en movimiento.

Entré en el palacio municipal, á la hora anunciada para las sesiones públicas.

Reinaba el más profundo silencio.

Interrogué al único guardia que hallé á mi paso, dormitando sobre un banco, y me contestó que no habia podido verificarse la sesion por falta de asistencia de los señores concejales.

¡Qué diablo!—me dije,—con estas alteraciones atmosféricas, nada tan fácil como perder la salud. Despues de todo, en el municipio no faltan algunos ind. víduos sujetos á los achaques propios del hombre.

Volveré mañana.

Aquella noche concurri al teatro Español.

El espectáculo no revestia caracteres extraordinarios.

La concurrencia era muy poco numerosa. No obstante, el palco del ayuntamiento estaba completamente lleno de señores concejales. Representaban *En el seno de la muerte*.

Vamos—ocurrióme pensar—afortunadamente ninguno de estos señores ha estado cerca de ella; su dolencia ha sido muy pasajera y pronto tendrá ocasion de conocer y juzgar su actividad.

Al siguiente día tampoco hubo sesion. Dijéronme que por falta de asuntos de que tratar.

Confieso á Vds. que esto no me hizo el mejor efecto, pero no soy de los que desconocen en absoluto las ventajas de la reglamentacion oficial, y murmuran de la necesidad de dejar sobre la mesa, los dictámenes, proposiciones, proyectos, etc., etc., etc. Por la tarde fui á la fiesta de toros, y la casualidad hizo que ocupase un sitio muy próximo al palco municipal.

¡Qué animacion! ¡qué alegría tan franca, tan expansiva! ¡tan cordial!

¡No faltaba un solo representante del pueblo!

¡Pensé en el martirio de los cargos honoríficos y gratuitos!

Llegó el lunes, por fin, y cuando llegué al salon de sesiones el Sr. Presidente, Marqués y Viudo, que son tres gangas en un solo alcalde, decía: *Abrese la sesion*.

Agucé la vista y el oído.

Quedó aprobado el dictámen para que fuese

impresa una *Memoria* sobre los servicios prestados por los profesores del cuerpo facultativo de beneficencia, y deploré no hallarme en condiciones de haber preguntado por las causas, en virtud de las cuales el excelentísimo ayuntamiento no ha dado todavía publicidad á las obras literarias premiadas en el certámen celebrado con ocasion del matrimonio de S. M. (23 de Enero de 1878.)

Tengan Vds. en cuenta que cada ermitaño pide para su ermita.

Seguidamente un señor concejal preguntó, si yo no entendí mal, en qué cementerio gozaba el sueño de los justos el expediente de la Necrópolis.

S. E. el señor alcalde Presidente en un discurso tan íreve como ininteligible, manifestó que tenia recomendada la mayor celeridad en el asunto, pero yo me quedé atribuyendo la causa de la tardanza á la conclusion de aquel *calco* que era el único detalle que faltaba para resolver el expediente en Setiembre del pasado año.

¿A qué altura nos encontramos—preguntó seguidamente otro señor Concejal,—respecto á la cuestion de subsistencias?

Tout va bien,—respondió un individuo de la comision, que acostumbra á comer en *Fornos*.

¿Y respecto del acuerdo necesario para la introduccion autorizada de carnes muertas?—preguntó otro.

¡Pido la palabra!—exclamó un sugeto de aspecto grave y reposado continente, que me dijeron era el señor Comisario del Matadero, y á quien, yo de vista nada mas, conozco en el mismo sitio, y con el mismo cargo, desde el año de 1856; cada día mejor, más tranquilo, y con mayores aumentos de salud y demás beneficios terrenales.

El Sr. Comisario del ramo tiene la palabra,—dijo el Presidente.

«Señores,—dijo el citado,—desde que en mal hora, porque hay asuntos que conviene dejar en el mas profundo silencio, empezó la opinion á preocuparse, en mi concepto sin el menor motivo, de la cuestion de subsistencias, creí que para nadie era tan grave la cuestion como para mí: para mí que pueda decirse que he dedicado una buena parte de mi vida, mejor dicho, que no he perdido ocasion alguna desde que entré á formar parte del municipio, ahora hace VEINTITRES AÑOS, de apreciar por mí mismo todas las ventajas que ofrece el Matadero de Madrid.»

«Por lo mismo soy enemigo acérrimo, declarado intransigente, enragé, á outrance, de que las cosas cambien de aspecto: por lo mismo me opongo abiertamente á la introduccion de carnes muertas, por conviccion profunda de que con tal medida van á sufrir los intereses del pueblo de Madrid hondo y sin igual quebranto.»

«Anuncio desde ahora mi dimision, y advierto que si, como me propongo, la retiro más tarde, será cediendo al mandato popular que aquí me retiene y encadena desde tan larga fecha. He dicho.»

El Sr. Teresa García (desde su sitio): ¡Muy bien! ¡Muy bien!

(Rumores).

Se acordó que el expediente en cuestion pasase á la junta de Sanidad, y se levantó la sesion.

Habian trascurrido dos horas.

Y á la presente no sé todavía si asistí en efecto á tal sesion, ó he soñado lo que dejo á Vds. referido.

DIÓGENES.

EL TRIUNFO DE LA FERIA.

(Parodia de la oda de Cano y Masas, El triunfo de la fe).

Feria matritensis ridicula esultabit.

I.

Ancha es la calle de Alcalá, la vía que conduce á la feria, y todavía se pisa, se confunde y se codea el pueblo de Madrid y el de la aldea. Gritos, polvo, ruido y estrujones; voces de vendedores, maldiciones se mezclan en extraño desconcierto. De pronto el ¡eh! de algun bestial auriga mezclado con los golpes que prodiga al mísero caballo medio muerto,

te previene á su modo que si no huyes el bulto, te engalana con un buen revolcon enmedio el lodo que no te deje una costilla sana. ¡Qué animacion, qué ruido, y cuán pronto se nota que algo extraño alborota á este tropel que baja confundido! Causa es de tal contento, ya lo habreis conocido la nueva feria del ayuntamiento.

II.

Por la fiesta, prodújose un despejo general de oficinas: que ya es viejo en funciones como ésta dejar la obligacion más que de prisa y gastar; que si falta, poco cuesta empeñar á otro día la camisa. Ved ese caballero tan barbudo que pasea ceñudo su audaz mirar sobre la plebe necia. Es sócio de la *Union* y la desprecia. Observad como aparta á aquel otro, que va formando soga y por entrar al Pabellon, se ahoga sin estar invitado.—Y ya es la cuarta tentativa.—Por terco merecia ir á la prevencion, si su talante no indicara al instante que es provinciano; y esto su manía hace más dispensable.—Al fin del cuento no logra entrar, por mucho que porfia, y maldice al pensar por qué vendria á ver la feria del ayuntamiento.

III.

IV.

¡Grandiosa horchateria-merendero! ¿Veis su escudo con oso y con corona? Por cuidar de esos palos y esa lona no ha podido arreglarse el matadero. ¡Qué lujosos bazares! ¡Cuánto emblema! ¡Sobre todo la tema de las luces de gas!—Observad cuántas. Mas ¡cómo, siendo tantas, allá, por el Botánico, parecen candiles de lugar, que languidecen, ó porque no los han despabilado, ó porque ya el aceite han agotado? Acercas á las tiendas,—¿veis, señores? Las están construyendo todavía con tabla y con percal de los mejores. Para vistas de día, serán cosa muy buena. Pero ¿qué ruido suena? La música sonora del Hospicio, que va á tocar ahora un *riyodon*, cuyo compás advierte que es la diputacion que se divierte.

V.

Mas subid por aquí—¡ved qué bonito! ¡Qué aromático olor á aceite frito! Aquí sí que no hay duda de que la gente acuda. Mónstruos, tullidos, saltimbanquis, cojos, serpientes, alimañas, perros sábios, ¡para decirlo no bastan mis lábios para admirarlo no bastan mis ojos! Al fin será preciso que me anime y entre á ver, por un real, algo sublime. Entro... se alza el telon... ¡qué dulce escena! ¡Una niña domando una ballena! Otra se ata culebras... ¡En mi vida habia yo visto cosa parecida! ¿Quién me empuja y me aplasta? ¡qué martirio! ¡Téngase usted!... se ha puesto malo... ¡toma! ¡Qué turcal... va morado como un lirio... ¡Este sí que ha entendido bien la broma! Y aquel gordo ¿por qué grita tan fuerte? le han quitado el reloj.—Todo divierte.

VI.

¡Feria de los demonios!—¿Quién creyera que tan *cursi* saliera, despues que á todo el mundo le alborota

y que á los forasteros le convida con tanto cartelón?—Pues ahora nota la exposicion de flores, convertida en vivero de palos y un ejemplo clavado en cada uno.—En este templo de aves y plantas consta la victoria, que cierta sociedad ha conseguido, de hacer ave á un *titi*; caso no oído, que en sus anales guardará la historia.

Esto y unas gallinas de la tierra y la inmensa balumba de un ramo de claveles, que se tumba marchito ya, es tan solo lo que encierra. Y aquí quiero dar fin... Mi lengua calla; que esta feria... peor es menealla.

¡Municipio celoso, no en valde ostentas en tu escudo un oso!

DOMINGO DE SANTOVAL.

LA JUSTICIA CRIMINAL DE LOS PÁJAROS.

Lleno de duda por una idea que me atormentaba he consultado á tres personas de talento y de experiencia.

—Si al volver un día á vuestra casa, les he dicho, encontrárais instalada en vuestra mesa, en vuestro hogar ó sobre vuestro lecho, la importuna pareja de dos personas extrañas nobles ó plebeyas, y al oír vuestras intimaciones para que os dejasen libre el campo, los intrusos no hicieran caso alguno: ¿Qué haríais?

El primero de mis amigos, juríconsulto, me respondió que llamaría á los agentes de orden público y al juez y que los encausaría.

El segundo, militar, me mostró una pistola y una gran caja llena de cartuchos.

El tercero, eclesiástico, me respondió en su mansedumbre, que desde luego agotaría todas las formas de la persuasión, y que si no conseguía nada se iría á dormir á otra parte.

Ninguna de estas conclusiones me satisfizo. Lentitud por una parte, violencia por la otra, estéril abandono de derechos legítimos por la última, ¿cuánto mejor es la legislación de los pájaros! ¿Qué expedita y cuánto más terrible es la justicia de esos pequeños y alados animalitos! Oid, organizadores de códigos, oid una historia la más extraordinaria que os podáis figurar, y en apoyo de la cual tengo varios testigos que si fuese necesario acudirían á declarar.

Junto al techo de mi casa, entre las dos ventanas de un cuarto que suele estar frecuentemente vacío, había un nido; los arquitectos que le construyeron escogieron admirablemente el paraje. Era el más seguro y tranquilo de toda la casa. A menos de sufrir una caída terrible, nadie podía atreverse á desalojar á sus huéspedes, que se renovaban todas las primaveras para partir en el otoño y volver nuevamente con el buen tiempo.

El nido era grande, sólido, bien sujeto á la viga en donde pululaban las arañas.—Cuando la brisa inclinaba hacía aquel palacio en miniatura las ramas del castaño próximo, cuando el sol derramaba sus rayos sobre aquel canastillo de paja y trapo, trasformándole en oro, aquella diminuta morada daba envidia. Tal fué al menos el parecer de un gorrión, rondador de goteras y saltador de jardines, que en una de las primeras mañanas de este mes de Abril vi instalado en el nido como si estuviera en su casa.—Su pio pio me llamó la atención, y al asomarme para ver lo que era, descubrí aquel pequeño bohemio tratando de forzar la puerta del nido.—Lo consiguió, y poco después entró en él como Pedro por su casa.

¡Qué dulces horas debió pasar allí en el seno de aquella dulce morada entre las plumas y los copos de lana recogidos en la ciudad por los propietarios de aquel asilo! El vagabundo había tenido suerte.—El desheredado podía decir á todos los habitantes de la ciudad: Miradme, yo también soy propietario.

Al medio día, mis vecinos vieron llegar al mismo sitio dos gorriones en vez de uno. El usurpador había encontrado no sé dónde una compañera de las más descocadas, y le ofrecía con la mayor galantería su nuevo domicilio. ¿Creis que la tal hembra se consideró dichosa? Apenas se

dignó dirigir una mirada desdeñosa al nido. Su adorado parecía decirle: Pero mujer, mira, mira qué cuartito tan mono te regalo; cualquiera diría que no te gusta. Y ella á su vez parecía decir ¡Bah! puede pasar.

El gorrión entraba en el nido, volvía á salir agitando las alas incitando á su compañera, mientras la coquetuela permanecía en el borde dándose tono, haciendo repulgos, y como queriendo demostrar á su adorado que no era empresa fácil su conquista.

Con gran escándalo de los que lo presenciaban asomados á la ventana, tomando el fresco ó regando sus macetas, la pareja se decidió al fin á tomar posesion de la nueva casa. ¡Pobres golondrinas! He ahí ya vuestro casto albergue en poder de un D. Juan Tenorio desvergonzado y de una jovencuela mal vestida y con las botinas llenas de barro, atarazada por las pulgas, que apenas ha salido del cascaron, y que sin embargo se permite correrla como una mujer de mundo.

Ocho días habían transcurrido desde que los amantes vivían en país conquistado. La hembra iba á ser madre, y su esposo pasaba largas horas á su lado cuando resonaron en el aire gritos alegres:

—¡Las golondrinas! ¡Las golondrinas!—gritaron todos los vecinos y yo con ellos.

Los que conocíamos la usurpacion que se había cometido, ansiábamos presenciar, poseídos de viva curiosidad, el desenlace de la cuestion que naturalmente debía suscitarse. Perdóneme el lector si en lo que voy á relatar me permito atribuir á los pájaros sentimientos humanos. Creed que mi imaginacion no entra para nada en el asunto. Lo he visto y lo refiero sin pretensiones de hacer una novela. ¿Cómo interpretar de la manera que voy á hacerlo el acto esencialmente lógico de aquellos jueces alados? No le inspiró sólo el instinto, sino una alta y maravillosa inteligencia. El mundo animal, al que no concedemos más que un rudimento de personalidad que no tiene lengua, ni pensamientos, ni alma, piensa; siente y habla. En él se encuentran la abnegacion, la caridad, la cooperacion fraternal, una admirable asociacion; en fin, todas las virtudes que monopoliza el orgullo de nuestras razas.

Las golondrinas, pues, tomaban posiciones sobre el tejado en la parte saliente de la viga; en donde podían descansar allí se detenían. De cuando en cuando una de ellas daba una vuelta por el aire y volvía á formar parte del grupo. Los gorriones, mudos de espanto, avergonzados y reconociéndose culpables, se acurrucaban en el nido para no ser vistos. Quizás no se atrevieran á presentarse delante de las golondrinas ni de los curiosos que desde las ventanas contemplábamos el espectáculo.

Después de un reconocimiento hecho en toda regla, los legítimos poseedores del nido violado se pusieron al corriente de toda la historia de la usurpacion. Los machos se acercaron varias veces al borde del nido, dirigieron rápidas miradas á la pareja culpable, y volvieron á reunirse á sus compañeros.

Entonces presenciábamos un verdadero *meeting* de pájaros; todos hablaban á la vez; sus gritos no eran los gritos alegres de antes, sino gritos de enfado, de indignacion, de rencor. Diez minutos duró este conciliábulo, en el que sin duda alguna se dieron á conocer algunos oradores. Al ruido siguió el silencio; indudablemente se había tomado alguna grave resolucion. Cuatro golondrinas, las más robustas del grupo, se apostaron al borde del nido, y á una señal en que sin duda alguna habían convenido todas las demás, desaparecieron. Los gorriones más atemorizados que nunca, no se movían, viendo á los centinelas que velaban muy decididos á reprimir á picotazos cualquier proyecto de evasion. Los que presenciábamos la escena no hablábamos ni una palabra, no quitábamos los ojos del cuadro y sentíamos un interés y una emocion grandísimos.

Muy en breve resonaron gritos y gorgoros. Más de doscientas golondrinas reclutadas, sin duda en los jardines, en los paseos y en todas partes acudían con el pico cargado. Unas llevaban en el tierra, otras hojas, otras pajas, y

mientras las cuatro golondrinas guardianes se apartaban descubriendo la abertura del nido, aquel pequeño ejército, con una sangre fría asombrosa, con una disciplina admirable, con un método sorprendente, hacinaban los materiales sobre los gorriones, y anticipándose á Echegaray, enterraban en vida á aquellos comunistas. Ni siquiera diez minutos emplearon las golondrinas para llevar á cabo su proyecto.

Entretanto se oían en aquel nido de amor, trasformado en sepulcro, protestas, sollozos, súplicas, pero los jueces permanecían sordos. Los verdugos no tienen entrañas.

Ya el nido estaba cerrado, y cuando los pobres gorriones, asfixiados en el cuarto nupcial perecieron víctimas de aquel terrible martirio, las golondrinas triunfantes debieron sobre poco más ó menos, á juzgar por sus gritos, dirigirles este discurso:

—¡Habeis usurpado nuestros derechos, habeis profanado la cuna de nuestros hijos: gozad pues de vuestra conquista y morid de placer en esa Cápuá en que os habeis refugiado. ¡Vosotros lo habeis querido!

UN ACAPIÉMICO.

A LA ORILLA DEL MAR. (1)

(Dedicado á la señorita F. B. G.)

A la orilla del mar, en noche plácida,
Sentada junto á mí,
Contemplando la luna me decías
¡Yo no vivo sin tí!
Júramelo, te dije; y lo juraste
Por tu vehemente amor,
Citando por testigo, de la luna
El débil resplandor.
¡Por las tranquilas aguas del Océano
Que gime á nuestros piés,
¡Te lo juro! tu lábio repetía,
¡Por el cielo que ves!

.....
Pero aquella mujer que me adoraba
Con tanto frenesí;
Que tanto juramento pronunciaba...
¡Ay! se olvidó de mí.
Y al volver otra vez con gran dolor,
A la orilla del mar
Para ver los testigos de mi amor,
Observé, que la luna no alumbraba;
Que el cielo se nublaba
Y las aguas bramaban con furor.

M. MARIN.

POMPEYA LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuacion.)

Los guardias del circo alzaron apresuradamente las rejas que cubrían la entrada de las cavernas. Las demás fieras continuaron cerca de los destrozados cadáveres, lamiendo la sangre y gruñendo.

Querían prolongar aún el festín.

Como sería muy difícil, si no imposible, el volver sin grave riesgo á aquellos animales á sus encierros, los soldados los hicieron blanco de una lluvia de flechas.

Al sentirse heridas las fieras dieron enormes saltos, bramaron de furor, y se arrojaron con ímpetu terrible contra las rejas que resguardaban á los espectadores. Algunos momentos después, ya no existían.

Los *spoliariums*, con sus enormes ganchos, sacaron sus cadáveres y los destrozados cuerpos de los esclavos. Del sangriento y cruel espectáculo no quedaban en la arena más que algunas enormes manchas de sangre.

El *domitorio* empezó á dar salida á los espectadores.

Yo también salí apresuradamente, á fin de tener preparada la litera de mi señora.

Multitud de carros de uno ó dos caballos, y de literas conducidas por robustos esclavos, es-

(1) (Del Caos.)

peraban á sus dueños en las inmediaciones del anfiteatro.

Pronto llegó Arria Marcella acompañada de la anciana Labonia, su mensajera.

Ambas entraron en la litera, ricamente adornada, que conducían cuatro robustos esclavos asiáticos, desnudos hasta la cintura.

Echamos á andar.

Yo iba delante de la litera, y con una varita de marfil separaba á la multitud.

Adelantábamos poco, á causa del numeroso gentío.

Hubo un momento en que tuvimos que detenernos.

Entonces Arria separó las cortinillas de la litera, que eran de tela riquísima recamada de hilo de oro, y dejó ver su rostro radiante de juventud y de hermosura.

Cerca de nosotros estaban parados dos jóvenes patricios.

Uno de ellos era el joven poeta Lucio Floro, y el otro, el recién casado de quien hablé anteriormente.

Arria saludó á Floro con su blanca mano adornada de anillos.

Yo me hallaba tan cerca de los patricios, que pude oír su conversacion.

—¿Quieres decirme, ¡oh Lucio!—preguntó el recién casado,—¿quién es esa mujer?

—¡La más bella, la más noble, y al mismo tiempo la más cruel de Pompeya!—contestó el poeta suspirando.—Su padre, Arrio Diómedes, hoy tachado de nazareno, fué pretor en Tingis, de donde dicen que ha traído grandes riquezas. ¡Oh Meroe!—continuó el joven con un profundo gemido;—¡dichoso tú mil veces, que al unírte á la encantadora Cloe has logrado un amor puro y ardiente!

¿Quién fuera tan feliz como tú?

—¿Amarias, por ventura, á la hija de Arrio?—preguntó Meroe con viveza.

—¡La adoro!—exclamó el poeta;—¡la adoro, y ella me trata como á un niño!

En este momento observé que Labonia descendía de la litera.

Yo, á pesar de que la multitud había dejado ya el paso franco, esperaba á que Labonia volviera á subir á la litera para ponerme al frente

de los conductores; pero Arria me ordenó imperiosamente que guiase.

Aseguran que los celos hacen ver montañas, allí en donde no existen más que granos de arena; pero en algunas ocasiones la persona celosa es tan perspicaz, que casi adivina los sucesos.

En este caso me hallaba yo.

El que Arria hubiera hecho descender á su mensajera, me tenía inquieto.

¿Qué iba á hacer sola y á pié en las cercanías del anfiteatro, la vieja confidenta de mi señora?

Volvi la cabeza para mirar á los patricios, y entonces pude explicármelo todo.

Labonia hablaba en secreto con el griego Meroe, en tanto que Lucio Floro, á muy poca distancia de ésta, se mordía los puños con rabia.

¡El poeta, el noble patricio, se abrasaba de amor por Arria Marcella, y lo mismo que yo, infeliz y despreciable esclavo, tenía en aquel momento lleno el corazón de atormentadores celos!

¡Meroe, el afortunado Meroe, era el elegido aquel día; el hombre destinado á aumentar el inmenso número de amantes de la impúdica pompeyana!

Pronto llegamos á la ciudad.

Las sombras de la noche empezaban á extenderse sobre Pompeya.

El mar, en el cual se balanceaban dulcemente algunos trirremes (pequeños barcos de tres remos), traía á morir con suavidad sus olas en la vecina playa.

Las calles de la ciudad, llenas un momento antes de gentes y de rumores, iban quedando poco á poco desiertas y silenciosas.

Una deliciosa noche de verano, con sus auras suaves y su misteriosa sombra, predisponía al amor.

¡Dichoso Meroe, y ¡ay! de mí, infortunado!...

CAPITULO XVI.

Celos sangrientos.—Una esposa desconsolada.—Pompa fúnebre.

¡Cuán dulce es para el que ama, y se ve correspondido, la calma y hermosura de la naturaleza!

¡En cambio, para el desdichado á quien los celos atormentan, la dulce quietud, la serena

calma de la Naturaleza, contribuyen á aumentar sus sufrimientos!

¡El que muere de amores quisiera que la tempestad que ruge en su corazón, se comunicara á cuanto le rodea!

¡Cien imágenes destructoras bullen en su mente, y para él sería uno de los mayores placeres el total aniquilamiento de todo lo creado!

En estado tan lamentable me encontraba yo.

Parado unas veces ante el pórtico de la casa de Arrio Diómedes, rodeando otras el magnífico edificio, sumido en la más completa oscuridad, excepto una sola ventana, á través de cuyos talcos de color de ópalo brillaba una luz ténue, espíaba la llegada de Labonia y de Meroe.

Multitud de descabelladas ideas bullían en mi mente.

Pensaba unas veces que era preferible á los tormentos que sufría, el darme la muerte.

Otras, rechazando esta idea con indignación, creía que lo más acertado era huir para siempre de Pompeya, en donde arrastraba una existencia tan misera y combatida.

En lucha tan espantosa, vi llegar á Labonia. Meroe la seguía á muy poca distancia.

Ambos entraron en casa de mi señora.

¡Ay de mí! ¡no me había engañado!

¡Poco después, vi acercarse también á un hombre, en el cual no tardé en reconocer á Lucio, al desgraciado Lucio Floro!

Púsose el poeta á contemplar con avidez la puerta por donde acababa de entrar su rival afortunado, y después se sentó en las gradas del pórtico.

(Se continuará.)

ANTONIO SAN MARTIN.

Solución á la charada del número anterior.

CÓ-MI-CO.

CHARADA.

Con mucha *prima* decía

Al buen Ginés, su mujer:

—Voy á hacerte un *dos tercera*

Si no hay hoy *todo*, Ginés.

La solución en el próximo número.

MADRID: Imprenta de Diego Valero, Soldado, 4.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
UN REAL la línea en las dos ediciones.

SECCION DE ANUNCIOS.

TIRADA DE 23.000 EJEMPLARES.

Los que contraten con la Administración, Villalar, 6, (Recoletos), se les hará una rebaja.

BIBLIOTECA DE MANINI HERMANOS.—OBRA NUEVA.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

Consta de un elegante tomo encuadernado á la rústica, al precio de UNA PESETA en toda España, y se halla de venta en todas las librerías del reino.

Para adquirirlo directamente por el correo, dirigirse á los «Sres Manini hermanos,» editores, calle de Villalar, 6, Madrid, remitiendo UNA PESETA en libranzas ó sellos de comunicaciones.

LIBRERIA DE D. EUSEBIO REVILLA,
casa de Escalante, 5.

SANTANDER

En venta todas las obras que se publican en la biblioteca de Manini Hermanos, precio de cada obra una peseta.

TOLEDO.—En la librería de D. Alejandro Villatoro acaba de recibirse EL CONDE DE MONTECRISTO, precio: una peseta.

EL TEATRO POR DENTRO.

ESTUDIOS DEL NATURAL.

POR

D. EDUARDO SACO.

(Un volumen de 336 páginas en octavo francés.)

Este curiosísimo libro, que ha obtenido el juicio muy lisonjero y entusiasta de la crítica literaria, se halla de venta en las librerías de D. Antonio de San Martín, Puerta de Sol, núm. 5, y Carretas, 36, al precio de DOCE reales.

SANTONA.—En el acreditado Establecimiento de D.^a María Abascal, hallarán los aficionados á la lectura, un variado surtido de las mejores obras que se publican en Madrid, á precios sumamente baratos.

BILBAO.—Eleuterio Villar, calle de Yturribide, 32, cuarto, tiene de venta EL CONDE DE MONTECRISTO, al precio de una peseta.